

# SUBSTITUTIVOS MONETARIOS

Por GERMAN BERNACER

En todo tiempo ha habido un afán notorio de multiplicar el numerario, fenómeno curioso que algún día habrá de recibir explicación. Hoy por hoy no la tiene satisfactoria; desde un punto de vista filosófico-social parece el numerario lo más vano que un país puede proponerse aumentar, ya que de todo cuanto crea el hombre es lo único con lo que ni se come, ni se viste, ni se puede hacer nada substancial de lo que realmente ayuda a vivir.

Es un hecho cierto que aquello de que se hace la moneda ha sido lo más buscado siempre. Desde que se empezó a fabricarla de oro y plata, el oro y la plata han sido objeto de una rebusca especial, hasta el punto que, joven todavía el mundo, andaban ya bastante agotados y casi olvidados los criaderos que la tradición atribuía a los viejos países, teniendo que buscar en los nuevos pasto a tal afán.

Y el ansia de más moneda hostigaba lo bastante para no poder esperar a que nuevos descubrimientos aportasen mayores tesoros ni, llegado el caso, para satisfacerse con los encontrados; era necesario multiplicar siempre más la cifra de unidades monetarias acudiendo a una estratagema casi tan antigua como la moneda, consistente en irle quitando a la unidad acuñada o de cuenta un poco de su peso y ley. De poco en poco la libra y el marco, que representaban en su origen esos pesos de plata, vinieron a convertirse, a través de la Edad Media y la Moderna, en unos cuantos adarques de metal precioso.

A principios del siglo XVIII el procedimiento estaba ya muy desacreditado y resultaba poco eficaz para resolver la deficiencia de medio circulante, terriblemente escaso sobre todo en épocas de crisis. Fué a la sazón cuando surgió uno de tantos financieros geniales, a los que por fortuna no siempre se les hace caso, pero que cuando la necesidad aprieta encuentran a la desesperada buena acogida. Aquél cayó en sazón oportuna. Era un escocés que no pudo ser profeta en su patria, mas sí en Francia. Tenía una receta maravillosa, que quizás no era del todo original, pues algo de lo que él proponía en Europa pudo verlo en América, siempre adelantada y maestra en cosas de dinero: que el billete de Banco, hasta entonces instrumento inocente de crédito y giro, con el cual los Bancos privados sustituían su firma y su crédito a los de sus clientes a quienes descontaban efectos, se convirtiera en un verdadero medio de pago, directa o indirectamente garantizado por el Estado, gracias al privilegio por él concedido a una entidad emisora.

De aquella hazaña, que resultó desastrosa, pronto seguida, no obstante, por la Gran Bretaña con su famosa South Sea Bubble (la pompa o burbuja del mar del Sur) y acaso de los experimentos semejantes hechos antes por Norteamérica, puede decirse que arranca el mundo económico moderno. Durante ese interregno de más de dos siglos se ha cumplido la evolución del billete desde un instrumento de crédito privado a una moneda legal de curso voluntario, primero; después, de curso forzoso, y en la actualidad, único medio circulante prácticamente.

El caso de Francia en los comienzos del siglo XVIII fué el primero de desafortunada inflación. No se inventó entonces la palabra, pero sí la cosa; y después no ha dejado de utilizarse por los Gobiernos para resolver sus apremios, hasta el punto de que el billete ha ido adquiriendo una triste re-

putación. El Poder público ha tenido que reglamentar este instrumento, benéfico y malféfico a la par, encerrarlo en rigurosos límites, hacer de él una regalía, conio el derecho de acuñar la moneda a la cual suple. No hay que olvidar, sin embargo, que fué ese mismo Poder quien diera alas a sus perniciosos efectos, que a no haberlo hecho instrumento de sus finanzas, el billete seguiría siendo un documento bancario tan inocente como cualquier otro de los que el genio mercantil ha creado; no se hubiera convertido seguramente en la estampa y el símbolo de ese evento tan temido y catastrófico que ahora llamamos inflación, y que ha llegado a crear una especie de temor supersticioso al billete; parece por esa causa a muchos que será bueno sustituirlo por cualquier cosa, siquiera esa cosa no sea, al fin y al cabo, sino papel también.

\* \*

Vengamos a cuentas. Lo temible de la inflación es el alza de precios, que desorganiza los presupuestos familiares, como los públicos. Si no ocurriera esto, bien podrían aumentar los billetes, porque ello sería signo de que había más artículos que comprar y vender, cosa útil y beneficiosa, o, en el peor de los casos, que esa multiplicación de signos monetarios resultaba inocua. Lo malo es que vaya acompañada de la vertiginosa alza de precios, a que no hay modo de acomodarse y que todo lo perturba.

Mas se nos había venido enseñando en las aulas que si los precios suben o bajan es por relaciones que se establecen entre la oferta y la demanda, que si, por ejemplo en la presente ocasión, se elevan en el mundo de una manera pertinaz debe de ser por un predominio constante de la segunda sobre la primera. Lo que no se nos ha enseñado en ninguna parte es por qué, si la demanda no se hace con billetes, sino mediana y otra clase de documento, tal demanda ya no pesa tanto en la balanza ideal del mercado. Es decir, que desconocemos de qué modo se hace el milagro de que una tonelada de patatas pagada con un talón, un cheque o una transferencia hace que no escaseen tanto las patatas ni suba tanto su precio como si se pagara en billetes.

Ciertamente que si se establece la costumbre de pagar en talones, cheques o siguiendo algún otro modo de compensación cualquiera, el uso de billetes se restringiría y aun cabe imaginar que se eliminase completamente (1). Aunque no entiendo por eso que consiguiéramos eludir con ello en modo alguno la ley clásica de oferta y demanda. Porque lo que importa para esto es la cifra de unidades monetarias, de numerario que circula y que se utiliza para demandar y pagar artículos, lo mismo si esas cifras se estampan en retales de papel litografiado o se escriben a mano en otro instrumento de pago cualquiera. Si no es así, no sé por qué, y valdría la pena de que se explicara claramente, con razones y no con tópicos.

\* \*

La evolución monetaria se ha caracterizado, según he dicho al principio, por la tendencia a multiplicar el numerario, y todos los medios de pago inventados no tienen otro objeto: la letra de cambio como el cheque, el pagaré igual que la libranza. Mediante ellos se movilizan sumas que no están disponibles, cual en el caso de la letra

y el pagaré, o que si lo están, cual en el caso de las cuentas corrientes a la vista, habría que convertirlas previamente en moneda legal por el cobro de un talón o un cheque.

La letra y el pagaré dan carácter descontable a una deuda, y de este modo permiten aumentar la cantidad de numerario apta para los pagos. El primitivo uso del billete, hasta que el abuso por los Poderes públicos en casos de apuro lo desacreditó, se reducía a esto: a convertir documentos, que no tenían más garantía que unas cuantas firmas privadas, en otros que, al llevar la firma de un Banco cuyo crédito era reconocido más generalmente, formaban un medio de pago más idóneo que el endoso de una letra, aparte de que la emisión de un documento de tipo uniforme y por cifras redondas lo hacían de uso más cómodo para la circulación. Entonces el billete no era todavía moneda legal, sino un documento privado y sin poder liberatorio, aceptado tan sólo por el mutuo consenso de pagadores y pagados. Todos hemos conocido la exclusión formal en los contratos de la moneda papel y de toda otra que no fuera oro o plata.

Hoy ya no ocurre lo mismo; el billete es el medio de pago usual, una moneda legal, y en verdad la única moneda legal. Las condiciones han cambiado. La posición que ocupaba antes el billete la ocupan hoy en este aspecto el talón, la transferencia, el cheque y otros documentos parecidos que permiten disponer contra un saldo de cuenta corriente. Se pueden utilizar como medios de pago, bajo el mutuo consenso de los realizadores y los perceptores de los pagos, pero estos últimos pueden exigir moneda legal.

¿De qué modo el cheque permite multiplicar el numerario? Si el cheque se hubiera de librar siempre contra provisión real de fondos, no hay tal multiplicación; entonces el cheque y los demás documentos citados son tan sólo instrumentos de movilización del numerario existente, exactamente como los billetes que se obtienen contra un talón o cheque; tampoco el billete era un medio de multiplicar el numerario cuando se emitía contra entrega de moneda metálica o de metales monetarios.

El cheque se convirtió en medio indirecto de aumentar la masa de unidades monetarias circulantes desde que los Bancos descubrieron, en los países anglosajones, que podía ser un substitutivo del derecho a emitir billetes, y un substitutivo más económico. Cuando un cliente iba a descontar documentos comerciales se le daban antiguamente billetes emitidos por el Banco; ahora, en vez de esto, se le abona en cuenta y se le da un libro de cheques; el cliente obtiene, en lugar de billetes, un saldo disponible. Claro está que ese saldo puede proceder de un crédito de otro tipo: un depósito de títulos o simplemente un crédito personal. De cualquier modo deja de haber provisión de fondos real. El cheque, talón o transferencia girados contra esas cuentas son una creación de numerario, un medio de pago surgido de la nada, ni más ni menos que el billete emitido en descubierto, es decir, en virtud de un descuento o de un crédito de otra clase.

¿Por qué razón singular, repito, ese medio de pago aparecido por el "fiat" del crédito no inflaría la circulación como el billete emitido en las mismas condiciones?

Hace diez o doce años—creo que al comienzo del periodo republicano—el Conse-

(1) Ver Dinero. ECONOMIA n.º 313, 15 enero, pág. 5.

jo Superior Bancario proponía para difundir el cheque, que el Estado hiciera crear al Banco de España para sus pagos cheques por cantidades redondeadas de 1.000, 500 y 100 pesetas, y al mismo tiempo solicitaba que se ampliara la duración del plazo legal de presentación de los cheques, a fin de que circularan y con ellos se pudieran hacer otros pagos antes de ser presentados al cobro. Francamente, no sé ver una distinción económica entre tales documentos y la emisión fiduciaria.

\* \* \*

En resumen, creo que la cuestión se puede plantear claramente en los términos de esta disyuntiva: O el cheque no es más que un medio de movilizar los saldos procedentes de depósitos reales, y entonces no hay motivo para una distinción con los billetes, ya que los efectos de su uso será disminuir la circulación de éstos para aumentar la suma de los saldos de cuentas corrientes, cosa que no establece diferencia desde el punto de vista de la circulación, dado que el índice circulatorio que hoy se admite como de verdadera significación no es la cifra de billetes, sino la de billetes y cuentas corrientes. O el cheque se combina con la apertura de cuentas en descubierto, y entonces hay un incremento de numerario análogo a la emisión de billetes, y no resulta claro por qué no obra al igual que los billetes inflando la circulación, puesto que crea como aquéllos demanda de productos.

La opinión a que yo me inclino es que ni el incremento de los billetes ni el de las cuentas corrientes son las causas originales

de la inflación. Que ésta depende de los móviles básicos de la oferta y la demanda, o mejor, si se quiere, del abasto y de las necesidades; la creación de numerario de una u otra forma nace de tener que satisfacer las incidencias derivadas de los precios determinados por esas causas básicas y depende del volumen demercancia que se ha de hacer circular a tales precios.

Si mi opinión fuera acertada, sustituir los billetes por otros medios de pago resultaría obra vana en cuanto a su influencia inflacionista se refiere (no discuto otras ventajas de orden técnico de cada instrumento bancario según los casos). En tanto se utilicen para fines semejantes, obrarán los mismos efectos. Al modo que en las viejas fábulas los duendes familiares expulsados de unos muebles se refugiaban en otros y no se podía eludir su maléfico influjo ni aun destruyendo todo el mobiliario, en la técnica monetaria es inútil huir de las viejas cosas desacreditadas, porque las nuevas adquirirán las virtudes buenas o malas de aquéllas si sólo se cambia la forma, y el fondo sigue siendo el mismo. Algo de esto se pudo ver ya en la pasada guerra europea, en que los Gobiernos utilizaron ampliamente las cuentas en descubierto para financiarla; la inflación propia de las circunstancias se operó de todos modos.

La cuestión queda abierta, sin embargo, a opiniones más doctas, y yo tendría un gran placer en leer una razonada exposición de las tesis contrarias.

De cualquier modo, me prometo insistir sobre tan interesante asunto, que convendría esclarecer para no exponernos a decepciones desagradables.

sechas que se recogen en la Europa del Norte en la misma superficie. Fomentando temáticamente el cultivo, habría que llegar a mejorar mucho la producción por hectárea. Por medio de la mecanización se podría elevar considerablemente las cantidades sobrantes una vez cubierta la demanda propia. Como es sabido, el Gobierno ha encargado ya a Alemania 3.000 tractores, serán servidos en tres entregas. Con ellos aborranán 100.000 cabezas de ganado tiro, y harán posible cultivar de manera rentable dos millones de hectáreas. Además se han entablado negociaciones con Suecia e Italia para importar también tractores de dichos países. De Alemania se importará también todo lo necesario para completar la maquinaria agrícola; se calcula que 10.000 máquinas para los trabajos del maíz pueden reemplazar a 50.000 obreros, cuya labor es más útil en otro sitio; con estas máquinas pueden trabajarse 500.000 hectáreas de maíz.

El programa agrario se complementa con la construcción de silos para cereales. Disponiendo de espacio suficiente de almacenaje es posible llevar a cabo la organización sistemática de la economía agrícola. La primera parte del gran programa de almacenaje, que data de 1938, se aproxima a su terminación total. Se han de construir en conjunto 78 silos con capacidad para 340.000 toneladas. De un primer grupo han quedado ya terminados 28 silos, con capacidad para 153.000 toneladas, y dentro de poco se concluirán otros cuantos. Por término medio, los silos pueden almacenar de cuatro a cinco mil toneladas. La importancia de esta campaña de construcción de silos, que tiende por todo el país una red de almacenes, puede verse claramente por el hecho de que en los puertos de Constanza, Braşov y Galatz, se dispone en total de un espacio de almacenaje de 140.000 toneladas solamente, aunque por estos puertos pasan todos los cargamentos de cereales. Del segundo grupo de construcción de silos, que en un principio comprendía un proyecto de 43 silos, se ha comenzado una parte debido a la guerra; de todos modos, la construcción aumentará la capacidad de almacenaje en otras 145.000 toneladas.

## El programa del cultivo agrícola en Rumania para 1942

La cosecha de trigo de 1941 es 100.000 toneladas mayor que la de 1940

Tras los rudos reveses sufridos en los últimos años Rumania trata poco a poco de restablecer el desarrollo económico normal. Las grandes transformaciones territoriales y los esfuerzos exigidos por la guerra ponen considerables dificultades a estas aspiraciones. De todos modos, el resultado de la cosecha de trigo de este año, que asciende a 2.450.000 toneladas, es un millón de quintales métricos mayor que la cosecha del último año. De este modo queda garantizado el abastecimiento rumano de cereales panificables. Pero lo que se persigue no es aumentar solamente la extensión del cultivo, sino intensificar también la producción por hectárea. Aunque el área de cultivo pudo aumentar mucho el otoño pasado, la sementera no ha correspondido a este aumento debido a las desfavorables condiciones atmosféricas. En un principio se proyectó cultivar mayor cantidad de trigo y maíz empleando maquinarias y una buena selección de simientes. En las regiones más altas el maíz será reemplazado por el centeno, que es más resistente.

El retraso del laboreo de otoño ha hecho preciso dedicar mayor atención al cultivo de verano. Se trata, sobre todo, de trigo y cebada de primavera, por lo cual el Gobierno ha prohibido el consumo de ambos cereales incautándose de ellos para la sementera de primavera. Claro está que hasta ahora en Rumania se cosechó el trigo de primavera en muy reducidas cantidades, mientras que, por el contrario, la cebada de primavera fué siempre un cultivo destacado e importante de tal modo, que no cabe duda de que se dispondrá de suficiente simiente. El Ministerio de Abastecimiento es el encargado de hacer entrega de la ce-

bada a la industria, pero en cambio, el consumo particular destinado a piensos es libre. Según sea la cosecha próxima así será la cantidad de harina de cebada que se haya de mezclar al trigo. La cosecha de maíz que en realidad es buena, y que incluso sobrepasará el cálculo que se ha hecho hasta ahora, cifrado en 4.600.000 toneladas, quedará reservada para piensos del ganado.

El Subsecretario del Ministerio de Agricultura ha dado hace algún tiempo datos exactos acerca de la producción de cereales de este año. Según dichos datos, 7,5 millones de hectáreas se sembrarán de cereales: el 45 por 100, de maíz; el 35 por 100, de trigo, y el resto, de cebada, avena y centeno. En el año en curso se han sembrado 3,7 millones de hectáreas de maíz y unos dos millones de trigo. La producción media por hectárea sigue siendo aún, de todos modos, muy reducida. En lo que se refiere a los cereales es de diez quintales métricos.

Entre los Estados agrarios del Este, Rumania sigue ocupando el puesto más inferior, y apenas alcanza la mitad de las co-

## 500 millones de pesetas anuales : pone la pérdida por la mala elaboración de estiércoles

El Instituto Nacional de Colonización publica un folleto ocupándose de este importante asunto del aprovechamiento de estiércoles, cuya pérdida, por mala elaboración, evalúa en 500 millones de pesetas anuales. Se basa este cálculo en que en España se producen unos 500 millones de toneladas al año y la diferencia de valor entre uno bien fabricado y otro mal hecho cifra en 16 pesetas por tonelada.

Análisis minuciosos han demostrado que por impericia en su preparación se pierden tres kilogramos de nitrógeno, un kilogramo de potasa y medio kilogramo de ácido fosfórico por tonelada, pérdida que no se recae sobre la economía privada del agricultor, sino que repercute también en la economía nacional, puesto que la disminución en rendimiento del fertilizante se traduce en menor producción agrícola.

El Estado, consciente de su misión tutelar, procura que esta riqueza no se desperdicie, y facilita, no sólo planos, sino también ayuda financiera por el 40 por 100 del valor de la obra para que el agricultor tenga el estercolero apropiado según el número de cabezas de ganado que posee, anticipo que no habrá de reembolsar hasta pasados cinco años de su entrega, y en pequeñas anualidades.

## JUSTICIA

**"La vida civil de España a disminuir por el camino de la Falange para que nos llegue a nosotros el calor de las clases productoras y de más sectores nacionales a través de unos canales por ramos jerarquizados y especializados."**

(Palabras de Franco en el Servicio Social de Alta Cultura Económica de Barcelona.)